

Compartiendo el Evangelio en tiempos de sufrimiento

Por Carl C. Fickenscher II
TRADUCIDO POR ROBERTO ROJAS



Compartiendo el Evangelio en tiempos de sufrimiento

Por Carl C. Fickenscher II
TRADUCIDO POR ROBERTO ROJAS



The Lutheran Church—Missouri Synod
1333 S. Kirkwood Road, St. Louis, Missouri 63122-7295
888-THE LCMS (843-5267) • lcms.org

Compartiendo el Evangelio en tiempos de sufrimiento

En la primavera de 2005, sólo unos meses después del devastador tsunami en el Océano Índico el 26 de Diciembre, 2004, tuve el — pienso que lo puedo llamar así — el placer o la alegría (aunque fue mezclado con mucho que no fue alegre) de viajar, junto con el Rvdo. Matthew Harrison, Presidente del Sínodo de Misuri (que en ese entonces era el Director Ejecutivo del LCMS World Relief and Human Care,) a los lugares en India e Indonesia que se vieron afectados muy duro. Ciertamente nuestra misión no era el arreglar las cosas por cualquier medio. Entendimos claramente que estábamos allí para escuchar y aprender, y ¡fue una experiencia de aprendizaje como nunca! ¡Fue una experiencia que nos hizo escuchar! Durante el proceso, muchas imágenes fueron extremadamente memorables y dolorosas.

Y, para mí, la imagen más memorable, y en una forma también la más dolorosa, en realidad, fue cuando fuimos a un pueblo de pescadores en el sur de la India, cerca del extremo sur de la India, y visitamos una parroquia allí. Llegamos a la aldea, y lo primero que se nos mostró fue, esencialmente, un terreno vacío al lado de la casa de la Iglesia Católica Romana, el cuál se había convertido en un cementerio para 380 miembros de la iglesia. Había sido un terreno vacío (o tal vez no estaba vacío pero cuando el agua lo cubrió se vació), pero ahora estaba lleno de las tumbas de los miembros de esa relativamente pequeña congregación católica en ese pueblo de pescadores. Después, fuimos y visitamos al sacerdote de la parroquia local, un hombre de unos treinta años que había estado allí por solo tres Ó cuatro años.

Pero eso incluye la mañana más significativa de ese domingo cerca de cinco meses antes. Obviamente algún tiempo había pasado, y este tiempo le había dado una oportunidad para que él tuviera una perspectiva mas amplia, pero cuando hablaba con nosotros, nos dimos cuenta que él estaba aún emocionalmente y tal vez espiritualmente, *muy* vacío. Sintiendo el trauma dentro de su parroquia — e imagínese 380 funera-

les este tan corto tiempo y todo el daño sufrido — mientras estuvimos sentados con él en su oficina (él estaba detrás de su escritorio y nosotros estábamos alrededor de su escritorio preguntándole), francamente, era una cuestión de sensibilidad. No se podía hacer una entrevista en esta situación. Después de los cinco meses, tenía dificultades hablar con nosotros, aunque él fue muy amable al invitarnos a estar allí. Sus palabras fueron tan dolorosas, y lentas.

Él nos dijo que cuando el tsunami había sucedido, era un domingo en la mañana. Pasó una semana antes de que volvieran a un servicio de adoración. El domingo siguiente, el aun no sentía el deseo de mencionar nada acerca del desastre. En realidad, pasó más que un mes antes que él pudiera mencionar el tsunami en el sermón. Todavía él describe sus emociones como vacías cuando habla al respecto. Aun cuando habla sobre el desastre usando la Palabra de Dios. ¡Qué traumatizante! En lo cual él se sintió muy estresado y lo entendemos. Bueno en realidad, nosotros no podemos ni siquiera tratar de comprender, solo imaginarnos lo que el esta pasando. El tuvo dificultad en encontrar algo que la Palabra de Dios pudiera decir acerca de esta situación. ¡Aquí radica la pregunta! Quiero comenzar con esto: en realidad. ¿Puede la Palabra de Dios darnos algo que decir en tiempos de sufrimiento?

Ya sabemos que la respuesta va a ser si. Pero nos podemos imaginar que en algunas ocasiones, en algunas situaciones, es muy difícil encontrar lo que la Palabra de Dios dice. También es cierto, que la Palabra de Dios nos da muchas precauciones que tenemos que tomar acerca del que no decir.

Es interesante: cuando pensamos en la Sagrada Escritura a la luz de situaciones como estas, no es tan fácil como pensamos el encontrar pasajes bíblicos que realmente podamos aplicar. Sabemos que la Biblia sin duda alguna habla de todo tipo de desastres. Habla de toda clase de crisis. Habla acerca de toda clase de enormes cataclismos como el diluvio que hubo y arrasó un sin número de gente. Y han habido plagas — diez de ellas a la vez- y otras plagas como en Jerusalén en los días de David cuando murieron miles. Y han habido guerras que han destruido al pueblo de Dios, y en momentos dramáticos han habido fuegos mandados del mismo cielo donde una vez cincuenta soldados fueron aniquilados y otra vez cincuenta soldados más y cincuenta soldados por tercera vez. Un sin número de otros desastres escritos en la Santa Biblia. Así que podemos pensar que la Biblia tendría la respuesta para casi cualquier tipo de crisis.

Lo interesante es que mientras estamos desarrollando estos nar-

rativos en particular — esas historias que nos vienen a la mente, esos relatos históricos descritos en la Sagrada Escritura que describen este tipo de situación, la verdad es que, la mayor parte de ellos — no caen muy bien en el tipo de situación que hemos estado hablando. Si te detienes a pensar en esto, creo que es muy cierto. Esas situaciones en la Biblia, mayormente, son diferentes a las situaciones a la que nos referimos en más de una forma. Algunas veces en la Biblia hay explicaciones claras acerca de cómo Dios hace algo como un castigo directo por cierto tipo de pecado. Dios envía a los Babilonios a cargar a Judá al cautiverio, y sabemos el porqué. Dios manda el diluvio, y sabemos el porqué. Hay un castigo claro y directo envuelto. Por otro lado, para nosotros, al lidiar con desastres hoy en día, usualmente estamos totalmente cortos de explicaciones.

Pensamos acerca de Job. Aunque Job nunca recibió ninguna explicación, nosotros tenemos una. Sabemos que antes hubo un diálogo en el cielo el cual esta creando una situación única a la vida de Job, la cual el nunca llega a conocer ni siquiera al final del libro. En la Biblia usualmente tenemos algún tipo de explicación, o alguna palabra clara que nos indica que el desastre es un castigo directo por cierto pecado. En nuestros días no tenemos esa explicación, o claro, que hay muchos otros desastres o casi desastres en la Biblia donde Dios al igual que Cristo mismo durante su ministerio delibera gente en el preciso momento, de la hambruna o de enfermedades o otra clase de sufrimiento. Usualmente no se ve que esto pasa en los desastres los cuales hoy encaramos.

Algo de ley ... para el predicador

Muy bien, sabemos que mayormente en esta situación a la que hemos venido no tenemos una palabra clara que nos indique que esto es el resultado de un castigo, ni hay ningún tipo de explicación al respecto. Tampoco hemos visto a Jesús entrar en la escena, ni ha calmado la tormenta. No es así la situación en la cual nos encontramos. Así que cuando nos detenemos y pensamos, probablemente no es tan fácil el encontrar en la Biblia respuestas fáciles y disponibles acerca del sufrimiento. ¡Claro! es cierto, que la Biblia tiene algo que decir acerca de situaciones como estas. Vamos a encontrar bastante que decir, pero no es tan obvio como uno cree.

Lo cual nos lleva a tomar ciertas precauciones muy importantes. Identificaremos estas como “Negaciones.” Esto es “algo de ley para el predicador.” También hablaremos acerca del Evangelio el cual el predicador tiene que proclamar en su totalidad. Pero ahora, hablaremos acerca de algunas precauciones, “Negaciones,” las seis de ellas

que son realmente como un despertador en lo que la Palabra de Dios nos dice o no dice al respecto, el que no decir cuando respondemos al sufrimiento en tiempos de desastre. Algunos son bastantes claros, en nuestra teología son bastante claros, pero no son obvios para los demás.

1. No presumas leer la mente de Dios.

Esto por supuesto, es una cuestión de *Deus absconditus* (La voluntad escondida de Dios). Quizás algunos de ustedes que son estadounidenses recuerdan en Agosto del 2012, el huracán Isaac. Este se acercaba desde el Caribe y parecía que se dirigía hacia el estado de la Florida, y de repente cambio su curso y azoto a Nueva Orleans. Básicamente el mismo lugar que el huracán Katrina había azotado unos años antes. Pat Robertson un evangelista en los Estados Unidos, un evangélico cristiano sin denominación, decidió que él había figurado lo que Dios tenía en mente. Adivina que era. La Convención Nacional Republicana que estaba por comenzar en Florida, y Pat Robertson decidió que Dios iba a proteger a los Republicanos. “Regocijate,” aclarate la garganta, y piensa si Pat Robertson estaba llegando a una conclusión que no es muy sabio el meterse. O podría ser posible que no es realmente lo que Dios tenía en mente.

Muchas veces cuando confrontamos crisis podemos caer en este error. Job es el ejemplo clásico. Dios no le da explicaciones a Job. Dios nos dijo en los capítulos 1 y 2 lo que estaba sucediendo. Pero hay un largo diálogo entre Job y sus amigos en los capítulos 3 a 37, ahí se encuentran especulación tras especulación, especulación tras especulación, y así sucesivamente sobre lo que está pensando Dios. Los amigos de Job tienen la respuesta. Job no está muy seguro, y eventualmente Job pierde esa, “paciencia de Job” y está listo a cuestionar a Dios. Cuando Dios se muestra finalmente en el capítulo 38.

Recuerdan lo que hizo Dios en los capítulos 38 al 42. Lo que no hace es decir, “Mira, Job, tú has hecho bien en esto. Has sido valiente en todo, y finalmente has llegado a tu límite.” Si, bien vemos, en los capítulos 1 y 2 se llevó a cabo un diálogo donde Satanás vino delante de Dios y Dios le dijo, “¿Conoces a este hombre, Job? La única razón que él te es fiel es porque tu le has hecho las cosas muy agradable para él. Si las cosas se le ponen difíciles, el te maldecirá a tu cara y morirá.” Así que nosotros los lectores, conocemos esa parte de la historia, y como he deseado que Dios le hubiese dicho esta parte al pobre hombre. Pero Dios no lo hace. Lo cierto, es que Dios le dice simplemente y esencialmente lo que resta el capítulo 38 en adelante. “¿Dónde estabas tú, cuando yo afirmé la tierra? O Cuando las aguas del mar se desbordaban, ¿quién les puso

compuertas para controlarlas?” En realidad, “Job, tú no vas a adquirir información de mi, ni siquiera ahora.” Pero lo que Dios le dijo a Job es extremadamente aún más maravilloso. Pero Dios no le da ninguna explicación a Job. Esta es una precaución muy importante. No debemos presumir el leer la mente de Dios ni tratar de explicar el porqué suceden los desastres ya que Dios mismo no lo ha dicho.

2. No asignes culpa donde la palabra de Dios no culpa.

Aunque hacer esto parezca un horror, nuevamente nuestra teología muy sabiamente nos advierte en contra de esta práctica. Pero, no es en un sentido universal el reconocer esto como un error, no solo entre los evangélicos cristianos sin denominación, sino entre muchos de nuestros propios miembros luteranos. Tengo un recuerdo muy claro de una experiencia que tuve en mi última congregación, con unos de mis queridos miembros, quien por muchos años sirvió en el consejo de ancianos. Tuvo un accidente automovilístico, y estaba completamente convencido que el tenía la culpa de su accidente por algún pecado cometido. El no sabía cuál era el pecado, pero si estaba muy seguro que él había hecho algo que fue motivo por el cual Dios causó el accidente. El accidente fue muy grave. El sobrevivió, pero de hecho fue muy serio.

Considera el huracán Katrina, ese es el otro huracán que azotó a Nueva Orleans, en Agosto del 2005. Algunas personas tienen en mente una explicación clara del porqué este huracán azotó a Nueva Orleans. De acuerdo con estas personas esto sucedió por la reputación de Nueva Orleans que es conocida como “la ciudad del Pecado.” Para ellos esto tenía que haber sido el motivo porque el huracán Katrina azotó Nueva Orleans. Recordamos, en el capítulo 9 de Juán, donde los discípulos, como casi todos los judíos en el tiempo de Jesús, funcionaban con esa misma mentalidad; Que el hombre nació ciego; sabemos que una de dos cosas sucedieron. Él pecó antes de nacer, o sus padres eran culpable de algún pecado antes que él naciera. Una de otra causó que Dios lo afectara con ceguera al nacer.

Pero Jesús dice que esto no es así. Nuevamente, Jesús no nos da la explicación completa. Él sí nos dice en esta ocasión que esto va a ser una oportunidad para que Cristo mismo le de gloria al Padre al hacer un maravilloso milagro, el cual, nuevamente, quisiéramos que Él lo hiciera cada vez que hay un desastre. Mas sin embargo, el punto aquí es que no vieran los discípulos la ceguera de este hombre como un castigo de Dios para él por causa de algún pecado. De la misma manera, no está en nosotros imaginarnos que Nueva Orleans es más culpable de pe-

cado que cualquier otro lugar, sea Houston, Texas. Que Houston sea salvo y Nueva Orleans sea azotado. Cuando ocurre un desastre o algún sufrimiento, no debemos de presumir el asignar culpa donde la Palabra de Dios no lo hace.

3. No asumas tampoco que los víctimas son inocentes.

Algunos de ustedes recuerdan que después de la tragedia 9/11, el desastre de las torres gemelas, una caricatura circuló electrónicamente con las torres gemelas, y una nube de tres mil almas ascendiendo al cielo. La imagen implicó que estos fueron inocentemente asesinados por terroristas, así que las personas se los imaginaron que iban a ser inocentemente recibidos en el cielo. Quisiéramos creer que todo aquel que muere en una tragedia automáticamente va al cielo. Eso sería un colchón en el cual nos sentiríamos cómodos en el pensar que al fin y al cabo todo va a salir bien. Pero, sabemos que simplemente ese no es el caso. Recuerdan el capítulo 13 de Lucas todo acerca de la torre de Siloé (Siloam). Podemos suponer que los que murieron cuando cayó la torre eran lo que nosotros llamamos “víctimas inocentes.” Más sin embargo, Jesús aun los usa en la comparación cuando nos dice, “A menos que no se arrepienten, todos ustedes perecerán igualmente” (Lucas 13:4). El no dijo eso particularmente para identificar a los dieciocho como pecadores, pero sí para reconocer que ellos, nosotros, todos, no tenemos nada de inocentes. Somos pecadores, no de un pecado en particular al cual podemos asignar la culpa de algún desastre, pero tampoco estamos sin el enredo del proceso completo del pecado en este mundo caído. Cuando azota un desastre, no debemos hablar de aquellos que mueren como si son automáticamente recibidos en el cielo, como si todos fueran inocentes y santos y merecedores del cielo.

4. No olvidemos, que “desastre” es aquello que es un desastre para el que sufre.

Un Doctor en Ministerio graduado de nuestro seminario solo hace algunos años, Pastor Mark Nuckols, pastor de la iglesia luterana St. Paul en Austin, Texas, un muy decorado capellán del ejército de Los Estados Unidos, recibió su llamado a servir a la iglesia en Austin, Texas. No pasó mucho tiempo cuando el ejército lo envió a Irak. Allí él vio todo tipo de escenas traumáticas las cuales se puede esperar que un capellán tenga que ver. A Mark lo desplegaron dos veces a Irak, la segunda vez, fue solo un par de años después. Él dijo que cuando él regresó de su segundo despliegue, regresó mucho más sabio que la primera vez, porque él aprendió algo. Cuando él regresó la primera vez, él estaba sentado en su oficina, en un ambiente cómodo y él tenía miembros quienes venían

a él con asuntos que para ellos eran muy importantes. Pastor Nuckols los hacía pasar, y ellos le decían, “Pastor, yo acabo de perder mi trabajo” o “Pastor, mi hijo tiene problemas en la escuela superior.” Y el Pastor Nuckols confiesa que la primera vez que el regresó, su reacción fue, “¡No tienes nada que hacer! Hay soldados que están perdiendo sus vidas donde yo estaba. ¡Yo estuve ministrándole a jóvenes quienes vieron a sus amigos y compañeros despedazados por explosiones! ¿Cuál es la gravedad del problema? ¿Cuál es la crisis? ¿Cuál es el desastre?” Más tarde, Pastor Nuckols realizó que el sufrimiento del sufrido se relata al que sufre. Era un problema real para sus miembros quienes sufrían en estas situaciones. Era una situación por la cual su cuidado pastoral requería la misma intensidad de sensibilidad al que solo un mes antes daba a los soldados a ocho mil millas de distancia. De cierto que, la segunda vez que regreso de Irak el estaba muy agradecido con uno de los programas que ofrece nuestro sínodo, El Proyecto Barnabás, el cual capacita a los soldados/capellanes que vuelven de la batalla. Para tener un tiempo para renovarse antes de asumir sus funciones, mientras que otro pastor es asignado a la iglesia durante este tiempo para cubrir las necesidades de tal.

Es necesario ser sensible cualquier sea el desastre, porque para la persona quien lo sufre, es muy real. Ciertamente hemos realizado que hay crisis las cuales son objetivamente de gran medidas, y que no lo son. Pero recordamos lo que dice Jesús sobre un vaso de agua fría dado a alguien por ser su discípulo (Mateo 10:42). Te das cuenta, a Jesús le importa aquel quien está sediento. Para Jesús, esto es algo grande. Así que cuando tengamos el cuidado de aquellos quienes están en medio de sus desastres, es importante que no nos olvidemos de que es un desastre real si es un desastre para ellos.

5. No prometas lo que Dios no promete.

Hace algunos años, dos eventos en solo un par de meses uno del otro: Payne Stewart, un jugador de golf profesional aquí en los Estados Unidos, y un cristiano quien había sido muy abierto con su fe cristiana. Él murió mientras piloteaba una avioneta privada. Él estaba sólo en el aire, y eventualmente él se estrelló y murió. Luego no muy después, un jugador de fútbol americano, NFL, (Liga Nacional de Fútbol) estuvo envuelto en un accidente de automóvil. Este hombre también había públicamente confesado que era un cristiano evangélico. (Yo no voy a dar su nombre porque esto puede dar la impresión de que no es sincero, y no es eso lo que yo cuestiono.) Pero lo que él dijo es que, según él iba desviándose de la carretera hacia un árbol, él soltó el guía- y tiró las ma-

nos hacia arriba- y dijo, “¡Jesús, tu manejas! O ¡Jesús toma el control!” El se salvó, solo tuvo algunos raspones. Más adelante, el estuvo hablando acerca de su experiencia — y esto pudo haber sido intencionado a dar testimonio de la confianza que debemos de tener en el Señor — el dijo que Dios lo había salvado porque él era un cristiano. Un reportero le pregunto, “Y que de Payne Steward? Él también, era Cristiano, y el murió cuando se estrelló su avión?” El jugador de fútbol americano dijo, “Bueno si él hubiese entregado el control al Señor, no se hubiese muerto.” El reportero le preguntó, “Tú sabes con certeza que él no se lo entregó al Señor?” Y el jugador respondió, “Te apuesto que no, porque él murió.”

Este jugador de fútbol americano, estoy seguro, tenía buenas intenciones, estaba diciendo que si confiamos en el Señor, todo nos va a salir bien. Si estás confiando en el Señor, ningún accidente de automóvil, ni de aeroplano, saldrás seriamente herido. Los huracanes no te alcanzaran. Los terremotos no te atropellaran. Eso es el prometer algo de lo cual definitivamente Dios no ha prometido. Y hay un sin número de maneras por el cual esto está descrito en la Sagrada Escritura, incluyendo la promesa que Jesucristo hace a sus discípulos que ustedes llevarán cruces y que algunas de estas serán grandes desastres. También tenemos el ejemplo de Habacuc, uno de los pasajes acerca del sufrimiento que es un poco intrigante. Es un pasaje que uno piensa es uno de los desastres por el cual estamos pasando. Aquí uno tiene la situación donde el pueblo de Dios va a sufrir, y sabemos muy bien en este caso que el pueblo de Dios estaba ya bajo condenación; ese es el problema en Judá. Pero entonces Habacuc eleva su preocupación que “mientras es cierto, que aquí nuestro pueblo, tu pueblo, Señor, está pecando, la verdad es que los Caldeos son peores. Así ¿cómo es que ellos van a salir mejor y gente inocente entre el pueblo de Judá van a morir?” Nosotros no sabemos porqué, pero es cierto que muchos de los fieles de Dios también murieron cuando los Caldeos destruyeron a Jerusalén. Dios no nos promete que su pueblo nunca sufrirá. No prometamos lo que Dios no promete. Eso es el evangelio de la “prosperidad” y es engañoso.

6. No te resuelvas con proclamar menos de lo que Dios promete.

Ahora, Dios nos promete que por fe en Jesucristo nosotros iremos al cielo. Tú vas a poder ir al cielo. Es imposible imaginarse tan gran promesa; no existe promesa más grande que esta. Y sin más preguntas esta es la promesa la cual es la respuesta para todo creyente en Cristo quienes han perecido en desastres, seres queridos quienes conocemos como creyentes en Cristo y han muerto. Aquí está la respuesta;

ellos están en el cielo. Pero la realidad es que no necesitamos predicar el Evangelio a los creyentes en Cristo que han muerto. Ellos ya no lo necesitan. Se nos llama a que proclamemos el consuelo del Evangelio a esos que están desesperados, llorando, y en luto sobre la pérdida y de sus queridos inciertos en el próximo paso en sus vidas. Sea una congregación en Pilger, Nebraska que no tienen el edificio de su iglesia; o es una familia en Nueva Orleans quienes no tienen a dónde vivir; o alguien quien ha perdido su trabajo; o cualquier crisis en particular, esos son a quien nos referimos. Y mientras “tú iras al cielo por fe en Cristo”, es la gran promesa que tenemos que aplicar, una y otra vez, siempre será relevante, porque el futuro ciertamente impacta nuestro presente, sin embargo eso no es solo lo que Dios promete. No prometas menos de lo que Dios promete. Se valiente al proclamar toda promesa que Dios da. Y algunas de ellas, irán más lejos que solo “te iras al cielo algún día”.

El Evangelio para que el predicador proclame

Toda esa Ley que les he dado es para nosotros los predicadores o para personas quienes comparten la Palabra de Dios privadamente con sus amigos en tiempos de crisis — aquellos quienes son los oradores. Esos son los “No’s” — muchas precauciones que elevar. Pero ahora está el Evangelio para que nosotros lo hablemos. El Evangelio en el cual las personas encuentran consuelo cuando se proclama aun, en los tiempos más difíciles de sufrimiento. Esto trae a lo que deberíamos hacer. Ahora, para que sea el Evangelio — y esto es crucial — lo que nosotros decimos tiene que ser una cosa en particular. En tiempos de sufrimiento, en tiempos de crisis, de desastres, cuando es realmente difícil el saber que decir, mucho se dice y mucho se habla que a lo mejor no es ni el Evangelio. Prestará alguna ayuda, práctica, compasiva y gentil, y si tienen algún valor. Pero aquí estamos hablando de proclamar el Evangelio en momentos de sufrimiento. Y el Evangelio es mucho más que solo un buen toque a la mano. Es más que solo encontrar la manera de cómo vamos a reedificar el pueblo y lo que se ha destruido por el tornado. El Evangelio es mucho más específico que eso.

San Pablo nos da un consejo muy útil en lo que a esto respecta. De hecho, San Pablo es muy claro en lo que hay que decir cada vez que queremos proclamar. “Más bien, al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de éste crucificado. (1 Cor. 2:2). Eso es algo maravilloso que él dice. El estuvo un año y medio en Corintios, una estadía bastante larga, una de las más largas de todos sus viajes de toda su experiencia misionera, y todo ese tiempo que estuvo ahí, él solo hablo de una sola cosa: Jesucristo crucificado. En el

libro de primera de Corintios ahora, Pablo se dirige a muchas cosas; sacrificios de carne, adulterio, el malentendido acerca de las resurrecciones, cismos y muchas otras cosas. Aun así Pablo dice aquí en el principio del libro, “Todo es Jesucristo y Él crucificado. Todo se trata de la cruz de Cristo.”

No tenemos ningún problema con eso cuando le decimos a la gente que ellos van a poder ir al cielo algún día, porque no hay otro medio de ir al cielo sino por lo que Jesucristo hizo en la cruz. De eso no cabe duda. El desafío que muchas veces tenemos en los desastres es que verdaderamente estamos viendo necesidades las cuales se pueden entender a la luz del Primer Artículo. Nueva Orleans, ha sido devastado por un huracán, y tu casa y tu negocio desaparecen. Tu casa y tu iglesia han sido niveladas por el tornado en Pilger, Nebraska. ¿A dónde vamos ahora? Has perdido a seres queridos en el desastre, y encuentras consuelo que ella está en el cielo, pero ¿qué hago yo ahora en esta vida? ¿Qué va hacer de mi mañana aquí en mi vida en esta tierra? Esto incluye esos pequeños “desastres” que el Pastor Nuckols inicialmente echaba a un lado, miembros quienes perdieron sus trabajos, miembros quienes tenían hijos con problemas en la escuela, tantas situaciones como estas. Estos, también, son las necesidades que llamamos necesidades del Primer Artículo.

El cuidado de Dios y el acceso a su trono de gracia, esto siempre lo tenemos. Y eso no es solamente Dios cuidando de nosotros cuando morimos para que así podamos ir al cielo como fue tu ser querido quien murió. El cuidado de Dios es cuando tú no tienes ni idea como vas a proveer ropa, zapatos, carne y bebida para tus hijos cuando tu dinero de desempleo se te acabe. El acceso al trono de gracia no es simplemente decir, “¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar al cielo!” cuando mueras. Es mejor dicho, Señor, “seguramente estoy al final de la soga y no tengo la mínima idea como se va a solucionar esto. Pero Tú me invitaste a que yo traerá esto delante de ti, y Tú me prometiste que me escucharías. Y tú me escucharás porque Jesús murió en la cruz por mí.” Eso es todo lo que hay; y esto es todo lo que predicamos. Y así veras, al *Deus absconditus* (La voluntad escondida de Dios), no es un asunto de que, “Si Dios me va a cuidar?” O, “Sabes porque Dios no me cuida?” Hay muchas cosas que no sabemos. De manera es lo que está pasando ahora, una forma en que Dios cuida perfectamente de mí? No lo sé; eso está escondido. Pero ya eso es otra serie de preguntas las cuales no tendremos las respuestas a este lado del cielo. Pero en cada una de esas preguntas, lo que permanece intacto es el cuidado que Dios tiene por

nosotros de la mejor forma porque Jesucristo y Su muerte en la cruz nos han reconciliado con Dios.

En nuestras conversaciones con el sacerdote de la parroquia Católica Romana en la India, le preguntamos, “un mes después del tsunami, cuándo hiciste referencia del tsunami en tú sermón. ¿Qué fue lo que dijiste? El respondió, “No temas, Yo estoy contigo.” Quizás él se tomó un mes para pronunciar estas palabras, pero no pudo haber dicho algo mejor. “Yo estoy contigo” — Esta es la paz de Dios en reconciliación. Este es el “shalom”, la condición total del bienestar que viene cuando el pecado ha sido eliminado por la muerte de Jesús en la cruz.

Muchas cosas que podríamos decir no son en nada reconfortante, pero la cruz de Cristo entendida en su totalidad, con todas sus ramificaciones, siempre nos da palabra de consuelo para compartir.

El Rvdo. Dr. Carl C. Fickenscher II es el decano de la Educación Pastoral y Certificación, y professor de Ministerio Pastoral y Misiones de Concordia Theological Seminary, Fort Wayne, Ind.

MERCY FOREVER

